

los honorarios se cobran trabajosamente, y apenas si *arañando la cubierta*, logro mantener en la honrada pobreza á que estoy acostumbrado, á esta larga familia que el Señor me envió.

Por esto paso muchos días caviloso y meditabundo. ¿Debo poner al chico como dependiente en algún *zangarro* de los que aquí existen, ó mandarlo á un rancho para que empiece su carrera por llavero ó portero, y acabe por mayordomo administrador? Créame, padre, se me hace muy cuesta arriba eso de enviar al muchacho á que se ordinarie y se llene de vicios entre gente inferior á él en educación. En cambio, si yo consiguiera que tuviera un título como el mío, no faltaría manera de agenciarle la secretaría del Ayuntamiento, que deja sus buenos quince pesos cada mes, la notaría de la parroquia, que deja otros diez, ó en último término mi oficio, que pobre y todo, da lo suficiente para vivir.

— ¡Pero que se apure usted por eso, amigo don Andrés! Mándemelo al convento, mándelo á mi lado y allí irá echando *tripa* de gramática mientras Dios lo socorre á usted y le abre camino. ¿Quién quita que los tiempos mejoren, ó que cualquier caballero cristiano y liberal, conolido de la suerte del muchacho, lo proteja para no dejar que se obscurezca su buen ingenio?

Como no había mucho de donde escoger, y como aquel expediente significaba por lo menos una suspensión de los